



POR AMOR,  
VENCÍÓ A LA MUERTE.  
PARA EL MUNDO,  
SE CONVERTIRÁ EN  
UN ARMA LETAL.

UNA  
NIEBLA  
PURPURA

# Exclusivo capítulo Bonus

SARAH J. MAAS

# Capítulo Bonus

## Una Corte de Niebla y Furia

Serie Una Corte de Espinas y Rosas de Sarah J. Maas

(ACOTAR)

Traducido por Mais & Mew  
en Paradise Summerland



# Exclusivo

Para Cassian, el temerario y guapo Iliriano, general del ejército de Rhysand, lidiar con el sexo opuesto siempre había sido fácil... y divertido. Pero cuando es enviado al reino humano para enviar un mensaje de su Gran Señor, Cassian se encuentra a sí mismo de nuevo en conflicto contra la hermana mayor de Feyre, la de lengua afilada y voluntad de acero. Honestamente, Cassian había estado anhelando otra ronda contra la hermosa Nesta desde su primer y tenso encuentro hace semanas atrás, aunque sin duda no le había admitido eso a nadie, y menos a sí mismo.

Y Cassian, sin duda, no había admitido que tal vez podría finalmente haber conocido a alguien que no se sacudiera tan fácilmente por su rápida sonrisa e inquebrantable arrogancia.

Sigue leyendo para obtener una vista exclusiva de lo que sucedió en el segundo y privado encuentro, y por qué el general del Gran Señor se rehusó a divulgar cualquier detalle de ello cuando después regresó a la Corte Oscura.

# ~ Alas y Ascuas ~

No se trataba de que él estuviera buscando pelea, se dijo Cassian mientras daba vueltas por encima de la vasta hacienda por quinta vez, a pesar del inoportuno y temprano frío de la primavera, tan brutal que podía robarle el aliento incluso al guerrero Iliriano más marcado por la batalla. Rhys *le había* pedido que entregara su última carta a las reinas humanas, dado que Az estaba ocupado intentando infiltrar cualquier repugnante defensa que mantenían alrededor del palacio, y Mor, no quería colocar pie en el reino mortal a menos que sea necesario. Amren, naturalmente, estaba fuera de la cuestión, simplemente porque era Amren y sería como enviar a un lamentable gato a un corral de corderos. Entonces, solo quedaba él.

Bueno, Feyre también, pero ella y Rhys estaban...ocupados.

Y, bien, tal vez él había acordado venir un poco *demasiado* rápido, pero...Cassian observó la hacienda, los suelos fangosos y desheliéndose, la mansión a la distancia, y el bosque florecido y que se avecinaba. Había dejado su primer encuentro aquí, sin estar completamente seguro en dónde se encontraba, o quién tenía el mando. Y, que lo maldiga la Madre, en las últimas semanas, se había encontrado a sí mismo revisando cada palabra y mirada que había intercambiado con ella, una y otra vez.

Nada de ello había sido placentero, cada sílaba de su boca era mordaz y viscosa, y...Cassian resopló, zarcillos calientes rompiendo contra el viento. No podía decir qué era peor: que pensara mucho sobre ello o que había corrido hasta aquí, maldita sea, demasiado rápido. Y ahora estaba...perdiendo el tiempo.

El pensamiento lo envió a sumergirse rápidamente y casi imprudentemente hacia la mansión de techo verde, su magia encubriéndole, dejándolo ser un poco más que un viento funesto y un auge de alas en un espacio vacío. Los caballos en los establos cercanos se agitaron y relincharon ante su acercamiento, pero sus cuidadores observaron sus alrededores inmediatos, encontrado ninguna señal de alarma, y continuaron su trabajo.

Cassian intentó no pensar sobre lo fácil que era, cómo la falta de conciencia, la falta de instinto, probablemente les costaría la vida si el muro era destruido. Si alguien como él convertía este estado en una tierra de caza personal.

Lo había visto pasar en la última guerra, no es que muchos humanos hubieran sido lo suficientemente ricos para ser dueños de propiedades. Pero él había sido testigo de lo que había quedado de campos enteros de esclavos cuando uno de los Fae había decidido divertirse. Ese pensamiento fue suficiente para que apretara sus dientes y dirigiera su enfoque al frente de la puerta delante de él.

Le habían avisado ayer sobre precisamente cuándo esperarlo. Así que cuando tocó la puerta principal, fue cuestión de segundos antes que se abriera de golpe.

El movimiento brusco le dijo qué hermana había estado esperando.

Aun así, con su magia encubriéndolo, Nesta Archeron y su perfecto rostro desconcertado no vio nada más que delgadas manchas de nieve en el césped embarrado y el camino inclinado atravesando este, los adoquines brillando con corrientes de hielo derritiéndose. Muy casualmente ella abrió la puerta para que él pasase, y le dijo a la insufrible y ruidosa ama de llaves que no había nadie en la puerta y que el sonido había sido del viento.

Claro. Porque dejar vacía la casa, sin todos los sirvientes, pronto alzaría más sospechas. Especialmente con la otra hermana comprometida con un imbécil cazador Fae.

La ama de llaves entró en el impecable vestíbulo para confirmar por sí misma que allí no hubiera nadie, pero Nesta, con bastante simpleza, le informó que iba arriba y que no la molestaran durante una hora. La mujer abrió la boca para protestar, pero Nesta, con una plenitud bastante impresionante, volvió a repetir su orden y comenzó a subir las alfombradas escaleras principales.

Los ojos de la ama de llaves se redujeron en rendijas mientras la joven amante se alejaba –y Cassian mantuvo el sonido de sus pasos tan silenciosos como la misma muerte mientras caminaba entorno a la mujer mayor para subir por las escaleras.

Estaba tan centrado en mantenerse silencioso, en mantener sus alas apretadamente en el interior de modo que no se moviesen, que apenas notó el pesado y pálido vestido de color púrpura, mucho más simple que los demás que había visto a Nesta llevar puestos, con un corpiño lo bastante apretado para destacar su delgada cintura, las mangas tan ajustadas que exhibían sus delgados brazos. Un poco más delgados que los de Feyre y

Elain –al contrario de los generosos pechos que vislumbró cuando Nesta llegó a lo alto de las escaleras y giró a la derecha.

No es que estuviera mirando. No mucho.

Para todo el mundo, Nesta sencillamente se había ido a su habitación, tal vez un poco gruñona y aturdida. Pero tan pronto como entró en su espaciosa habitación, adornada con terciopelos y sedas de diferentes tonos de azul y plata y cerró la puerta de roble un momento después, la postura de pesadez desapareció.

Al igual que su camuflaje.

Un parpadeo; eso fue lo único que denotó descontento o sorpresa de ella –y él podría o no haber extendido un poco más sus alas cuando ella alzó la mirada hacia él.

—Llegas diez minutos tardes —solo dijo ella, moviéndose hacia el extremo de la habitación donde un fuego crepitaba en el frío de primavera. Donde el sonido de las llamas podría encubrir sus voces.

Chica lista.

—Tengo más asuntos que atender, ya lo sabes —dijo con la misma calma, esbozando una sonrisa.

Algunos como volar en círculos alrededor de la casa porque estaba compilando una lista de insultos para lanzarle, las respuestas de un argumento inventado. Como un completo tonto.

—Y ahí estaba yo —dijo Nesta, todo un pilar de hielo y acero junto al fuego—, creyendo haber oído un aleteo hace unos diez minutos. Debe haber sido una paloma atrapada en una de las chimeneas.

Cassian se limitó a mirarla. Ella le devolvió la mirada.

Su temperamento se elevó a una velocidad vertiginosa por las palabras, por la absurda perfección que era ella. Una cuchilla hecha forma –eso era ella.

Él sonrió, de forma lenta y viciosa, precisamente de la misma forma que había aprendido que hacía que ella se pusiera roja. Una sonrisa que supo al instante, la haría desenvainar esas preciosas garras.

—Hola, Nesta. Me alegro de verte.

Ninguna reacción, ningún cambio en su aroma por la sonrisa, que él sabía, que por lo general hacía que sus enemigos empezaran a correr. Nada, salvo un delicado aleteo de sus fosas nasales.

—¿Cómo está mi hermana?

*Sanando, casi dijo. Tratando de dejar atrás el hecho de que se está enamorando de Rhys, e ignorando deliberadamente el hecho de que él ha estado enamorado de ella desde hace mucho tiempo. Que todas las señales apuntan a que son compañeros, pero no soy tan estúpido como para decírselo a ninguno de los dos.*

Así que se limitó a decir: —Ocupada.

Su garganta se balanceó.

—Tan ocupada que no se digna a venir de visita, según parece.

—Feyre ya tiene bastante en su plato con esta situación con Hiberno.

El fuego resaltó el brillo dorado en el pelo de Nesta cuando ladeó la cabeza. Un depredador midiendo un digno oponente.

—¿Y cuál es tu papel en todo esto?

Cassian separó ligeramente los pies.

—Yo comando los ejércitos de Rhys.

Sus ojos de un azul grisáceo se posaron sobre él, dando un barrido que podría haberle cortado las pelotas a un macho menor.

—¿Todos?

—Los importantes.

Resopló una vez y se giró hacia el fuego. Tan desestimante y menospreciante como él nunca había visto.

Cassian se puso rígido.

—¿Y qué haces tú exactamente que sea de importancia?

Su cabeza se levantó. Oh, había dado en el blanco.

—¿Por qué debería molestarme en defenderme —dijo Nesta letal y fría—, de un hombre que está tan hinchado con su propio sentido de importante que apenas tiene espacio suficiente para su enorme cabeza?



Fue su turno de parpadear.

Entonces estaba acechando hacia ella, su enorme zancada se comió la alfombra que los separaba. Ella no retrocedió, no dio un paso atrás. Solo levantó la barbilla para encontrarse con su mirada, mientras se alzaba muy por encima de ella y extendía ligeramente sus alas, diciendo entre dientes:

—¿Tienes noticias de las reinas?

Sus cejas se aplanaron.

—Líder de los ejércitos del Gran Señor, y sin embargo sigues siendo un bruto. No me puedes amilanar con palabras, así que intentas intimidarme con tu descomunal tamaño.

—Descomunal....

—Me necesitas más de lo que yo te necesito a ti. Así que te sugiero que te limites a estar de acuerdo, a guardar tus alas de murciélago, y pedirlo amablemente.

No hizo tal cosa.

Pero dio un paso más cerca de ella, apoyó una mano sobre la repisa de la chimenea, y se inclinó lo bastante cerca para respirar ese aroma suyo.

Lo golpeó en el estómago con tanta fuerza que apenas pudo concentrarse, y tomó cinco siglos de entrenamiento que se obligara a encontrarse con sus ojos en lugar de hacer rodar los suyos propios, de mantenerse allí sereno, en lugar de enterrar su cabeza en el hueco entre su cuello y hombro, de evitar acercarse, de...tocar.

Ningún rubor tiñó sus mejillas mientras ella sostenía la distancia entre ellos, sus rostros a poco más de un palmo.

Era joven, veintidós, veintitrés como mucho. Pero, ¿había estado con un hombre? No debería importarle, o preguntárselo, y no haría diferencia para él, pero... normalmente, él podía decirlo. Ella... Cassian no podía leerla en absoluto. Así que acercó más su cabeza a ella, su cabello oscuro se deslizó sobre su ceja y ronroneó:

—Hay otras formas en las que se me da bien jugar, Nesta Archeron.

+ + +



Los hombres Faes –Cassian– eran peligrosos.

Por supuesto, él era peligroso en el modo que se esperaba: alto, musculoso, experto en armamento y en la guerra. Después estaban las enormes alas, y el pequeño hecho de que era un guerrero mortal Fae que servía a los pies del Gran Señor más poderoso de la historia. Un Gran Señor del que ahora su hermana se estaba enamorando, si lo había captado bien. El Gran Señor ya la amaba locamente a ella, eso estaba claro.

Pero Cassian era peligroso por un motivo enteramente distinto. No su hermoso rostro, sino esos ojos azules... tenían una forma de evaluarlo todo y a todos.

De pie, directamente contra la repisa de la chimenea, el fuego crepitante estaba increíblemente caliente contra su lado izquierdo, mientras Cassian se alzaba por encima de ella, lo bastante cerca como para compartir el mismo aire. Nesta contó sus respiraciones. Sostuvo su mirada, deseando que no viera mucho, ni demasiado profundo. Mejor mantenerlo distraído con palabras punzantes, la distracción excelente.

O esta. La oferta que acababa de lanzarle, la prueba.

Sin duda alguna para encontrar una debilidad. ¿Había alguna forma de que pasara sus defensas en *ese* sentido?

Bien jugado. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Si deseara que un hombre me pusiera las zarpas encima —dijo Nesta negándose a dejar bajar su barbilla—. Preferiría pedírselo primero a un sabueso.

Esa insufrible sonrisa se quedó en su sitio. Y Cassian fue directo a la yugular cuando dijo:

—¿Alguna vez has *estado* con un hombre, Nesta?

Mentir o decir la verdad —¿Dónde estaba la ventaja de mentir? Así que se limitó a decir:

—¿Lo has estado *tú*?

Cassian resopló y aliento acarició los labios de ella.

—Yo pregunté primero, dulzura. —Inclinó la cabeza y su cabello tan oscuro como la noche, cayó sobre sus cejas como la seda—. ¿A menos que prefieras las mujeres?

De ninguna manera era un insulto de ser así, pero hubo provocación suficiente en ello que ella puso una mano sobre su pecho de bronce. Músculos esculpido yacía debajo de la ajustada ropa de cuero de combate, el calor se escapaba hacia su palma. Fuego —él le recordaba el fuego hecho carne. Empujó suavemente su pecho y de alguna manera, su mano parecía mucho más pequeña contra la amplitud de su torso.

Asesino entrenado —un predador por nacimiento y formación.

Arrogante por naturaleza.

Cassian se enderezó cuando ella se atrevió a acercarse un paso, forzado a hacerlo solamente porque de no ser así, su boca y la de él se habrían quedado sin ninguna distancia entre ellos.

—A quién o qué prefiero no es de tu incumbencia —dijo ella—. Tampoco es...

—No has respondido a mi primera pregunta. ¿O todas estas preguntas son una distracción?

—¿Qué son para ti?

—Más preguntas —soltó una sonrisa arrogante.

Y así de fácil, ella la encontró —la respuesta que sabía se clavaría en él.

Nesta rozó su cuerpo con el suyo, un poco más que el susurro de un toque, pero aún así hizo que se pusiera rígido. Aún así sus pupilas se expandieron hasta casi devorar sus irises color avellana. Ella canturreó:

—No, no he conocido hombre. —La verdad. Su mano se clavó en su pecho cubierto de cuero—. ¿Por qué me habría molestado? En el momento en que alcancé la mayoría de edad, estaba rodeada por brutos de baja alcurnia y bastardos. Preferiría usar mi propia mano a mancillarme con la de ellos.

Cualquier diversión se desvaneció. Podría haber jurado escuchar como la flecha de sus palabras golpeaban en su objetivo. Había averiguado lo suficiente sobre su crianza. Así que le había dicho la verdad —y la había

envuelto en un conjunto de cuchillas diseñadas para cortarlo si pensaba demasiado en ello.

No, ella no había estado con ningún hombre, ya fuese Fae o humano. Tomas había querido, y ella... una parte de ella había sabido que su futuro no estaba con él. Conocía el odio de su padre, y que no hacía nada para evitar que el hombre golpeará a su madre. Apenas había dejado que Tomas la besara, y ese día cuando ella había terminado, él había...

Tragó saliva y le bloqueó el paso al recuerdo de lo que había dicho y hecho. El sonido de su vestido siendo rasgado. No-no había ido tan lejos, pero...el terror ciego en esos momentos cuando lo había intentado, antes de que ella gritara y arañara para liberarse. Y nunca se lo dijo a nadie.

Algo debió haberse mostrado en su rostro, en su olor.

Porque su molestia se desvaneció –no, se desplazó– en algo más, algo... Rabia.

Eso era lo que teñía el rostro de Cassian.

Rabia, una ardiente rabia.

Le robó el aliento, cualquier tipo de sentido de ventaja que tuviera sobre él cuando dijo entre dientes:

—Quién.

Ella odiaba a Tomas, lo odiaba tanto que a veces deseaba que lo atropellara un carro, pero no le deseaba a nadie la clase de muerte que prometían los ojos de Cassian.

—No sé de lo que estás hablando —dijo, e hizo retirar su mano.

Él la agarró, más rápido de lo que pudo detectar y la fijó allí. Su corazón latía a un golpe atronador ahora, en un golpe poderoso.

Peligroso, peligroso, este hombre era peligroso.

Aunque solo fuera por el hecho de que la hacía sentir tan fuera de control. Tanto así que no tenía ni idea de lo que haría –lo que ella haría– si la encontraba desprotegida incluso por un momento.

—Alguien te hizo daño —dijo, su voz tan gutural que apenas pudo entenderlo.

La ira, la quietud absoluta con la que se erguía —así era como era él cuando estaba a punto de matar. Quería matar.

Su mano apretó la suya y sus callos la rasparon.

Ella no había respondido.

— ¿Cambiaría algo si hubiera sido así? ¿Haría eso que me miraras diferente, me trataras diferente?

—Eso haría que los cazara y les rompiera cada hueso de sus cuerpos.

Un escalofrío le recorrió la columna no por miedo de él, sino por la verdad en su promesa. La sinceridad.

—No me conoces —dijo—. ¿Por qué molestarse?

Cassian gruñó, cada vez más cerca y la mano que la agarraba se detuvo. Como si la pregunta hubiera penetrado. Como si la realidad se hubiera hundido. Él parpadeó.

—Lo haría por cualquier persona.

Sabía que hablaba en serio, y que así lo haría.

Tal vez eso era lo que la ponía nerviosa, lo que le daba ganas de cortarlo. La absoluta sinceridad. Lo honradas que eran sus promesas, y que no las hiciera a la ligera. Que veía y decía la verdad, y cuando la había visto ese primer día, había medido...sus acciones cuando habían vivido en aquella casucha.

Su cobardía, su egoísmo. La rabia que la había consumido tanto, que deseó que todos se murieran de hambre, solo para ver si el inútil de su padre se molestaba en preocuparse. Y entonces la pequeña Feyre dio un paso al frente, y Nesta también la odio por ello —porque Feyre hubiera hecho lo impensable para mantenerlos con vida.

No sabía qué hacer con eso, con la rabia. La seguía quemando y cazando, la seguía haciendo querer rasgar, rugir y desgarrar el mundo en pedazos. Lo sentía todo —demasiado profundamente, con demasiada brusquedad. Odiaba, cuidaba, amaba y temía, más que otras personas, de lo que a veces se piensa. Podía filtrarse entre ellos en cuestión de momentos, como si se tratara de conjuntos de ropa, y nadie podía decirlo o preocuparse.

A excepción de él. Él podría verlo, sentirlo.

Esa primera tarde, él la había mirado a ella, no a la cara y el cuerpo que los hombres humanos había marcado, sino a *ella* –y lo había visto todo. Había querido herirlo por eso antes de que pudiera revelar esas cosas a los demás, encontrar un modo de *romperlo* de forma que no pudiera...

La mano empujando la suya contra su pecho se suavizó. El pulgar de Cassian acarició el dorso de su palma, su yema áspera con callos.

Un tronco se movió en el fuego, chasqueando mientras las ascuas explotaban y volaban luminosas dentro de la habitación.

Ella lo había estado mirando fijamente. Él parpadeó, su boca estaba separada ligeramente.

Cassian se inclinó hacia ella, y Nesta se encontró a si misma inclinando su cabeza hacia atrás, dejando su cuello al descubierto, concediéndole un acceso absoluto cuando rozó su nariz contra su garganta.

+++

Madre y Caldero lo maldecían.

Esta mujer.

*Nesta.*

Cassian no podía retroceder de la línea que estaba tan claramente dibujada entre ellos. En un momento quería estrangularla, luego había leído ese terror en su rostro relacionado a su propio pasado y se había vuelto tan tranquilo que había estado asustado de sí mismo, entonces... entonces todo se había detenido, el ojo de una tormenta con ellos en esta, y ahí estaba ella.

Y en esos ojos gris azulados, él podía ver los pensamientos dando vueltas en ella como si fueran humo debajo del vidrio. La mente astuta trabajando detrás de ese rostro, el que no había sido capaz de salir de su cabeza en estos días.

Así que solo...se había movido.

Y luego Nesta había alzado su mentón, dejándole acceder a su garganta.

Cada instinto de su cuerpo llegó rugiendo hacia la superficie, tan violentamente que tuvo que ahogarlos con un agarre brutal o por otro lado se

encontraría a sí mismo de rodillas, rogándole a ella por un toque, por *cualquier cosa*.

Pero se inclinó, y rozó la punta de su nariz a lo largo del lado de su cuello.

Suave, su piel era tan suave; tan frágil. Podía oler la sangre mortal corriendo justo debajo. Cassian inhaló el olor de ella en sus pulmones, inspirando a su polla mientras se enganchaba contra alguna parte intrínseca de él y se hundía profundamente en sus talones.

*Nesta, Nesta, Nesta.*

Sus ojos se cerraron, y un pequeño y ahogado sonido salió de ella mientras Cassian rozaba sus labios encima de donde su nariz había estado.

Sus rodillas casi temblaron cuando su delgada mano se enterró entre sus cueros de combate. Él intentó no pensar sobre cómo se sentiría esa mano en otras partes de su cuerpo. Agarrándolo, acariciándolo.

*Más, más, más*, su cuerpo cantaba.

Él inclinó su cabeza y besó otro sitio, más cerca de su mentón.

Su latido frenético era como las alas de un colibrí, aunque su cuerpo permanecía apretado y suelto en todos los lugares correctos, un sonrojo esparciéndose a través de esos senos hermosos de ella. Los suficientemente grandes para llenar sus manos, para acariciarlos con su hocico hasta que ella le estuviera rogando...

Su pulso golpeaba justo debajo de su boca. Su lengua la rozó.

Fue ese toque que la hizo saltar hacia atrás.

Nesta cayó contra el revestimiento de madera lo suficientemente fuerte que él la alcanzó. Pero estaba con los ojos muy abiertos, lívidos, mientras colocaba una mano en su garganta.

Cassian habló para evitar que explotara el veneno que estaba por salir de esa garganta—: Un poco herida en estos días, ¿Nesta?

Ella bajó su mano y siseó—: ¿Es alguna clase tuya de magia de hadas el hacer esas cosas?

Él ladró una risa.

—No. Aunque me alaga que lo pienses.

Nesta le fulminó con la mirada, pero soltó una baja y considerada risa.

—Bueno —dijo ella, pasando por su lado y caminando hacia la ventana con pasos suaves y calculados—. Si eso es lo que un guerrero nacido bastardo Fae puede hacer, no hay duda de por qué mi hermana se ha enredado tanto con los Grandes Señores.

Perra.

*Perra* por el insulto hacia él y hacia Feyre.

—¿Te molesta más que lo hayas querido, o que fuera un nacido bastardo don nadie quien te haya hecho sentir esas cosas, Nesta?

—Ha sido un invierno largo. Los mendigos pueden ser fastidiosos, supongo.

Muro tras muro, tras muro, se alzaron, su postura se volvía más rígida, y....

¿Qué le importaba? ¿Qué le importaba? Él tenía suficiente mierda con la que lidiar. Joder con una mortal que tendría unas cuantas décadas antes de que las cosas entre ellos se volvieran incómodas era...tonto. Y luego estaría la cuestión de explicarlo a todos.

A Mor. Su sangre se enfrió.

No era estúpido. Sabía que ella y Azriel eran...lo que sea que fueran. Sabía que Azriel había estado enamorado de Mor desde el momento en que ella estuvo dentro del campo de guerra Iliriano hace siglos atrás. Y Cassian había estado celoso, de las miradas tímidas de Mor hacia Azriel en esas primeras cuentas semanas, y el hecho de que su querido amigo y hermano...estuviera mirando a alguien más. Que ella había aparecido, y luego Azriel había cambiado. Solo ligeramente, pero Cassian sabía que su amigo ya no le pertenecía solamente a él y a Rhys.

Así que cuando Mor le había pedido que la llevara a la cama... lo había hecho. Como un celoso y estúpido imbécil, lo había hecho, y se había arrepentido desde la primera estocada, cuando había sentido su virginidad rendirse ante él, y se había dado cuenta de la enormidad de lo que había hecho.

Pero luego ella se había alejado, y Azriel no había hecho ningún movimiento y...Mor seguía ahí, entre los dos. En algún lugar entre amiga y



amante. Estimándolo como familia pero...Cassian se había odiado a sí mismo por esa mirada en el rostro de Azriel después.

Y luego por lo que había sucedido con Mor en las manos de su familia.

Él tenía amantes, algunas por una noche y algunas por meses, y a Mor nunca le había importado, pero...

Esta mujer delante de él como un pilar de acero y llamas...Cassian no quería contarle a Mor sobre ella. Sobre cómo había tocado su cuello.

Cassian logró hablar antes de que ella pudiera lograr castrarlo por completo:

—Dado que estabas feliz por una distracción, asumiré que las reinas no se han puesto en contacto y esté a tiempo de irme. —Él chasqueó sus dedos, la carta de Rhys apareciendo entre ellos. La arrojó en una mesa baja que estaba cerca—. Entrégale eso a las reinas tan rápido como puedas.

Nesta miró entre la carta y él, sus hombros ajustándose.

—Dile a mi hermana y a ese nuevo Gran Señor suyo que envíe a alguien más la próxima vez.

Cassian desnudó sus dientes con una sonrisa fiera.

—Dile a tu *otra* hermana que mejor será lidiar con ella.

—Elain se queda fuera de esto. Cuanta menos asociación con tu especie, mejor.

—¿Por qué vas a dejar que se case con ese imbécil fanático? —La pregunta se le escapó.

—Tiene buenas razones para odiar a tu especie. Y todos nosotros también.

—Eso son chorradas y lo sabes.

—Pensé que ya te estabas yendo.

—Tienes una maldita opinión de todo el mundo. ¿Por qué no decirle a Elain que se está casando con un monstruo?

—Tal vez todos los hombres sean monstruos.

Si ella había sido herida por alguien, no la culpaba por ese sentimiento para nada. Pero sus palabras seguían siendo filosas cuando dijo—: Ella merece a alguien mejor que eso.

—De hecho, así es. —Plana y frío.

Él presionó, simplemente porque jodidamente no podía detenerse a sí mismo—: ¿Y qué *te* mereces tú?

Una lenta sonrisa, un gato alistándose para matar. Entonces—: Sin duda más que un nacido bastardo don nadie.

Perra. Pero él dijo, arrastrando las palabras—: Qué compañera tan fina eres, Nesta, recuérdame traerte un libro sobre estrategia militar la próxima vez. Tal vez tengas una oportunidad entonces.

Una mirada fría y llana.

—Es más fácil, ¿verdad? —exhaló Cassian, cruzando la distancia de nuevo, sin importarle quién los veía de pie en los ventanales—, usar las palabras y la frialdad como escudo para evitar que todos vean dónde y quién te falló y cómo no te importó hasta que fue demasiado tarde.

Solo odio brilló en sus ojos, ninguna clave de esa dormida lujuria que había podrido sus sentidos.

—Bueno, yo lo veo, Nesta Archeron. Y todo lo que veo es a una chica aburrida y consentida...

Ella se movió con una suavidad impresionante para un humano, pero aún demasiado lento para prevenir que la bloqueara.

Cassian agarró su rodilla alzada apenas a un centímetro de sus pelotas, y la apretó lo suficiente para hacerla sisear.

—Un golpe barato —dijo él con una media sonrisa—. Ven a jugar conmigo, Nesta, y te enseñaré formas mucho más interesantes de poner de rodillas a un hombre.

Ella intentó liberarse de su agarre, pero él no la dejó ir. Ella se balanceó hacia atrás y él la atrapó desde la cintura, acercándola para evitar que se cayera por la ventana. Él rió disimuladamente ante las faldas alrededor de él.

—¿Qué estás escondiendo debajo de todo esto, de todos modos?

Nesta se enderezó lo suficiente para soltar su rodilla de su agarre.

—Sal de mi casa.

Cassian simplemente le sonrió.

Ella se lanzó hacia él.

Él pensó que lo estrangularía, precisamente el motivo por el que agarró sus muñecas pero...

Sus manos, frías y equilibradas, se situaron a cada lado de su rostro. Tiraron de su cabeza hacia abajo.

La respiración de Cassian se volvió áspera cuando sus ojos se posaron en su boca, cuando su cuerpo se niveló con el de él, esos senos tan suaves contra su cuerpo. *Estúpido, estúpido, estúpido...*

No le importó. No le importó una mierda mientras él se levantaba, su boca acercándose a la suya...

Dolor explotó entre sus piernas, sacando la respiración de su pecho de un golpe cuando esa condenada rodilla suya dio en el blanco.

Cassian retrocedió, maldiciendo viciosamente. Ella resopló, bajando la mirada hacia él mientras caía de culo contra una silla, apretando su estómago, intentando reordenar su cerebro...

—Todos son iguales —dijo ella, imperiosa como la noche, el frío y el amanecer—. Tal vez ser un inmortal te hace más predecible.

—Tú —jadeó.

Una baja risa rompió de esos labios, que habían estado completamente preparados para saborearla, para *devorar...*

—No, las reinas no han dado noticias —dijo Nesta, volteándose hacia la puerta—. No he escuchado nada de ellas.

Cassian deseaba que sus piernas se movieran, pero el dolor seguía, inmovilizando sus rodillas.

—Enviaré la carta mañana por la mañana. —Nesta se detuvo con su mano en la perilla y miró sobre su hombro—. No sabes nada sobre mí, ni lo que he hecho, ni sobre lo que quiero. Y mientras estamos con este tema...envía a alguien más la próxima vez. Si te veo en mi puerta, gritaré lo suficientemente fuerte para que los sirvientes vengan corriendo.

Él se quedó mirando hacia ella boquiabierto, el dolor menguando lo suficiente para que pudiera ponerse recto.

Pero Nesta se había ido, deslizándose por el pasillo, donde un sirviente la llamó y ella murmuró una respuesta.

Un minuto después, él se fue no por la puerta principal, sino que salió apretadamente por la condenada ventana de su habitación como un ladrón en la noche. Se lanzó hacia el cielo antes de que alguien se preguntara sobre el crujido y auge de sus alas.

Cassian no dio vueltas sobre la casa, pero podía sentir la atención de Nesta mientras se disparaba hacia el muro. Incluso protegida de la vista, podía sentir esos ojos grises azulados en él.

La sensación lo persiguió todo el camino de vuelta a Velaris.